

III

D'Enghien se pasmará desde los cielos,
 viendo tan pronto á su querido amigo
 de juventud, á quien, á morir próximo
 el anciano Condé, de sus deberes
 le confiriera el bienhechor legado.
 Ante Berry, su última esperanza,
 la sombra de los reyes que venera
 la Francia, van á estremecerse. Sobre
 sus razas extinguidas,
 van á gemir dos héroes;
 del vencedor de Ivry van á mezclarse
 los lamentos, al llanto
 del que en Rocroy venciera.

Hacia d'Artois, por esto, desolado
 te vieron acudir, Borbón, del crimen
 sanguinario ál ruido,
 pues los males sabías
 que en el pecho de un padre
 deja un hijo, inmolado antes de tiempo.
 Mas pronto, en tu insegura
 marcha tambaleando,
 ante tí presentóse
 el recuerdo espantoso de Vincenne:
 palidece tu rostro,
 y d'Artois pareció casi olvidarse,
 en el dolor común, de su infortunio,
 al lamentar contigo
 tus reveses pasados.

Y tú, viuda desolada, en medio
 de la deshecha tempestad, espera
 suerte mejor, y toma

por modelo á tu hermana,
 y ojalá sea tu valor tan grande
 cual la desgracia tuya.
 Tú llevarás, como ella,
 una urna mortuoria;
 como ella, gemirás junto á un sepulcro
 de un santuario en el fondo;
 la hidra de los bandos, que saliendo
 de las tinieblas, señaló á tu hermana
 tantas épocas fúnebres,
 también te indica tu luctuoso día.

IV

Sin embargo, si Dios, ¡oh apoyo débil
 del tronco de los reyes!,
 su poder manifiesta en tu socorro,
 puedes salvar á Francia,
 y de la infernal hidra
 la esperanza espantosa
 desvanecer aún. Del mismo modo,
 cuando la vil Serpiente
 que es la autora infernal de todo crimen,
 su perdición, al hombre,
 con la traición que le perdió, brindaba,
 en su arrogancia, Dios quiso humillarla,
 y sin defensa y débil,
 apareció una virgen
 que aplastó con el pie su vil cabeza.

Febrero, 1820.

ODA OCTAVA

EL NACIMIENTO DEL DUQUE DE BURDEOS

El cielo... prodiga en favor suyo
los milagros. La posteridad de José
vuelve á la tierra de Gessen; y esta
conquista, debida á las lágrimas de
los vencedores, no cuesta una sola
á los vencidos.

CHATEAUBRIAND.—*Los Mártires.*

¿Sabes por qué, viajero,—la sombra disipando,
claridades sinnúmero,—en la noche brillando,
enrojece los cielos—ese inmenso vapor,
y por qué esos mil gritos,—la nube ardiente hiriendo,
en la ciudad lejana—que está resplandeciendo,
se elevan en los aires—cual áspero rumor?

II

¡Oh arcano! ¡Oh triunfo! ¡Oh animación sincera!
¡El infante glorioso ya ha nacido;
el ángel que á la tierra prometiera
un mártir que á los cielos ya se es ido!
El porvenir revélase velado;
¡salud al nuevo fuego deseado
que á la ya antigua antorcha reanima!
¡Oh joven lis, apenas entreabierto,

tierno capullo en una tumba abierto,
loores á tu aurora matutina!

El Dios de la oración,—Dios es el que lo ha dado.
En la torre del templo,—el bronce balanceado,
como en días festivos,—nuestro paso llamó.
Dios es el que lo ha dado,—el Dios de la victoria.
Entre los viejos mártires,—sentados en la gloria,
como en días de guerra,—el cañón retumbó.

Tú, á quien en Saint-Denis viene á buscarte,
con las voces del templo bendecido,
este rumor gratisimo á tu oído,
nada tiene que pueda despertarte.
¡Levántate! Enrique ha de gustarte
puesto en la cuna por el pueblo dada.
Acude, sí, ¡oh padre triunfante!
Embriaga su boca sonrosada,
y ven á ver si tu acerada espada
pesa en las manos del real infante.

¡Ay! Ausente está ya;—se encuentra entre los justos;
ahora mismo, sin duda,—sus abuelos augustos
se avanzan en cortejo—consolado hacia él,
pues entregó, muriendo—bajo golpe alevoso,
á sus tumbas vacías—un héroe generoso,
y una raza de reyes—á su aislado dosel.

Rodeado de tanta sombra leve,
que el padre del querido reyezuelo
sonría envanecido desde el cielo,
y con júbilo un rey su frente eleve.
Una raza sublime y duradera
nace del mártir de la inmunda plebe;
un río misterioso, á igual manera,
hijo de un mundo por el rayo herido,

guarda, regando el suelo en su carrera,
su caudal en las nubes escondido.

¡Honra al joven retoño—mañana tronco osado!
Nuevo Joás Enrique,—por prodigio salvado,
del altar á la sombra,—glorioso crecerá,
y embellecida Francia—con sus dotes galanas,
como Cornelia, un día,—á sus demás hermanas:
—Este, dirá, es mi hijo;—mi tesoro aquí está.

III

¡Oh tú, mi rey! ¡De mi fervor profundo
recibe el homenaje delicado,
objeto hoy de la atención del mundo,
de la mirada paternal privado!
¡Si en el dolor mecido ya en tu infancia
pudieras de tu madre y de la Francia
á los dolores encontrar consuelos!
¡Oh, Borbón! ¡Que no sea una desgracia
el trono para ti, y que con su gracia
te dé su amparo el brazo de los cielos!

Sí, huérfano, sonríe—de tu madre á los llantos,
aparta, jugueteando,—esos fúnebres mantos
que recubren tu cuna—de sepulcral color.
Aleja este pasado—que aún más nos entristece;
¡sé para nuestros ojos—aurora que clarece
y á nuestro obscuro cielo—vuelve luz y calor!

De esperanza embriagado, tu rey mismo,
el día en que tú naces consagrando,
te impone que preceda á tu bautismo
el del Bearnés. La viuda dedicando
tu persona á la huérfana, guiado

por la heroína ve á tu antepasado
de canosa cabeza aproximarse,
y de la multitud brava y ardiente
que hace poco allá entraba lentamente,
la avalancha hacia el Louvre encaminarse.

¡Cantad, guerreros, pueblo!—Levanta tu bandera,
Burdeos, en los días—de lucha, la primera
que á los lises devuelta—proclamaste tu fe;
y tú, á quien aquel mártir—en la lucha guiara,
¡sal de tu pena! Un rey—Dios á Francia depara
y para ti un soldado—ha nacido, ¡oh Vendée!

IV

Volved á atar la nave á la ribera.
La viuda entre nosotros permanece,
y de la patria que ella se escogiera.
el cielo, al fin, más dulce le parece.
En Francia la esperanza le ilumina;
en el campo do fué muerta la encina
un débil junco hoy el viento mece;
su amor retiene al ave candorosa;
es preciso rogar sobre una losa
y la cuna velar do el niño crece.

Al lugar do naciera,—la princesa ¿á qué iría?
Parténope ya ultraja—á su dueño de un día.
Por el clima atraídos,—los extranjeros ven
á Palermo en furor,—á Mesina en alarmas
y huyen compadecidos—de la Sicilia en armas
por los mares sangrientos—de aquel fúnebre edén.

¡Ay si esos dos volcanes hoy se irritan!
¡Que Dios, celoso, con su soplo aliente

de las gigantes sombras que dormitan
encendiendo de nuevo la ira ardiente!
Ante el abrasador río de lava,
¿qué será de esa hueste altiva esclava;
de los jefes de un día, del soldado?
¡Tened valor, sublimes vencedores!
Mientras del crimen vais á los horrores,
la tierra á vuestro paso ha retemblado.

¡Oh hija de Sicilia!,—quédate en nuestra tierra,
no huyas á otras costas—do á la paz se destierra;
ven acá donde el lis—se vuelve á levantar,
donde del rey y el pueblo—la unión saludable
es otra que ese vil—himeneo culpable
del trono y los partidos,—del campo y del altar.

V

¡Ya no tememos á las tempestades!
¡Desafiamos los cielos más nublados!
¡Los crímenes sin fin de otras edades
hoy por el inocente son purgados!
¡En la tormenta, cuando los naucleros
espumear doquiera el mar veían
de su buque arrancando los maderos,
con fe segura en la eternal clemencia
para salvar la nave, en su impotencia,
sobre el mar una cuna suspendían!

Octubre, 1820.

ODA NOVENA

EL BAUTISMO DEL DUQUE DE BURDEOS

*Sinite parvulos venire ad me.
—Venerunt reges.*

EVANGELIO.

I

¡Oh!, decían los pueblos de este mundo,
¿han llegado los tiempos postrimeros?
Nuestro paso en el piélago profundo
sigue desconocidos derroteros.
¿A dónde vamos? En la noche fría,
¿qué faro es éste que fatal nos guía
doblados á este férreo brazo eterno?
¿Es propicio á nosotros? ¿Es funesto?
¿Es columna que el cielo nos ha puesto?
¿Es llama que saliera del infierno?

«La tribu contra el jefe se declara;
el rebaño persigue á los pastores,
y el cetro de los reyes nada ampara
ante la espesa haz de los pretores.
Se hunde el altar; los tronos se deshacen;
innumerables las facciones nacen
del mar en las orillas más distantes;
y la ambición y la avidez serviles
que ocultas dormitaban cual reptiles,
erguidas se levantan cual gigantes.

»¡Oh desdicha! Hicimos vana gloria
 ¡ay! de mil inauditos atentados,
 como otros busca en vano la memoria
 entre todos los siglos ya pasados.
 ¡Desgracia! Nuestros crímenes la llaman;
 cuantas señales vemos la proclaman.
 Llegado el día de la gran sentencia,
 el hombre es digno, en fin, de los abismos,
 y sólo falta á sus delitos mismos
 un eterno castigo en penitencia.»

El Muy Alto ha tomado su defensa
 cuando temían ellos su abandono;
 el hombre puede hasta agotar la ofensa,
 mas Dios no agota nunca el «¡yo perdono!»
 El arrepentimiento al alma impía
 Él mismo lleva, y en bien nuestro expía
 el olvido de leyes que Él nos diera:
 del Dios del Sinaí á aplacar la ira
 sube al Calvario, y víctima allí expira;
 sólo para Él mantiene ley severa.

II

Por medio de otra cuna—su mano redentora
 nos quiere aún salvar.
 El mundo de los goces—no osa ver su aurora
 luciente alborear.
 Aunque de los malos—las dudas castigando,
 como en antiguos tiempos—su hijo nos cedió,
 burlando sus consejos,—sus huestes dispersando,
 con uno de sus ángeles—hoy nos favoreció.

Así, al salir viviente—del antro tenebroso,
 ve el profeta alejarse—su fúnebre visión;

está á sus pies la tierra—y el día luminoso
 luciendo ante sus ojos,—alumbra su razón.
 Pero resplandeciente—de eterna y pura llama,
 por prolongado tiempo—á su existencia infiel,
 el fuego del infierno—que al rededor se inflama,
 el resplandor celeste—oculta para él.

¡Oh pueblos, no dudéis!—Cantad vuestra victoria;
 un salvador vestido—de gloria y de poder
 en medio de vosotros—acaba de nacer.
 De las lecciones tristes—de una funesta historia
 nuestros prósperos días—alegres nacerán;
 pues de sesenta reyes—la sombra venerada
 del que á su cetro junta—en sólo un haz la espada,
 saliendo de sus tumbas—la cuna velarán.

Tan sólo con su nombre,—calmó la civil guerra;
 nuestras ciudades cubre—cual protector broquel,
 y el odio y la revuelta—de este país destierra.
 Así el león cachorro—que ignora quién es él,
 con su primer rugido—que retumba aún tranquilo,
 á cien monstruos aleja—de su real asilo.

III

¿Quién es este inocente y débil niño
 que llevan hoy á la mansión sagrada?
 Toda una muchedumbre, en su cariño,
 le sigue con la vista arrebatada.
 Desnuda está su frente; están sus manos
 temblorosas; aún sus pies enanos
 no han dado el primer paso de inocente.
 De la debilidad aún las cadenas
 sufre; sus claros ojos ven apenas,
 y no habla su voz, aún balbuciente.

Entre los hombres rey es de renombre;
 en el santo lugar introducido,
 en igual á nosotros convertido,
 ante los pies de Dios no hay más que un hombre.
 Este niño que es hoy nuestra alegría,
 Dios por salvador nuestro nos lo envía;
 su ley, su sacramento hoy lo anonada:
 los reyes que arma en formidable modo,
 por Él ante la tierra lo son todo,
 aún cuando en su presencia no son nada.

Que todo tiemble y á un poder se brinde:
 inútilmente el hombre habla altanero;
 hasta el mismo león real se rinde
 al yugo fiel del divinal Cordero.
 El Padre, al que rodean mil estrellas,
 descende sobre vientos, entre ellas,
 hacia aquel hijo débil descubierto;
 su luz darle, al Espíritu le place:
 la vida apenas para él se ha abierto,
 que ya en la vida eterna también nace.

Entre rayos más pálidos, María,
 dando dichosa de oración ejemplo,
 á las celestes vírgenes las guía
 de las dos torres hacia el viejo templo.
 Y los santos ejércitos sembrados
 entre brillantes soles, congregados
 siguen en pos del carro triunfante:
 la Caridad á su cabeza avanza;
 la Fe brilla después, y la Esperanza
 se sienta cerca del humilde infante.

IV

¡Oh, Jordán! ¿Se recuerdan—acaso tus riberas?
 Mirando, no hace mucho,—tus ondas prisioneras
 sentóse un peregrino,—y llorando su mal,
 semejaba á los bravos—que en tiempo ya pasado
 al sacrílego yugo—habían conquistado
 la salvadora tumba—y tu onda bautismal.

Aquel cristiano viera—en la Francia usurpada,
 altar, leyes y trono—caer bajo una espada;
 los crímenes impunes,—la virtud sin honor;
 él, de aquellos cruzados,—la sombra iba invocando,
 y cerca de Solima,—su vida desterrando,
 lloraba por sus reyes—donde murió el Señor.

Llenó su calabaza—del agua del río santo,
 y anegado en su llanto,
 volvió á ver de la Francia,—do empezaron sus días,
 nuestra orilla revuelta,
 sin sospechar qué dicha—le esperaba á su vuelta,
 sin saber que de Arabia—cual un nuevo Tobías,
 al hijo de los reyes—que en su marcha nació,
 ignorante llevaba—el remedio sagrado
 por el ángel hallado
 que la vista perdida—al ciego devolvió.

Que el río del profeta—se deslice orgulloso;
 que el agua saludable—vea el pueblo dichoso;
 el cielo en este niño—coloca su favor;
 que él reciba las aguas—que recibió Dios mismo;
 que al ver la sacra onda—de su real bautismo,
 tranquilizado el mundo—acate á un salvador.

Príncipe, como á Clovis—se os revela el Señor;

sed vos del templo santo—columna de clemencia;
del lis, vuestra alma, en vano—borra el blanco color;
alejad todo orgullo—de alcurnia y de inocencia;
os brinda desde el cielo—Dios, en su omnipotencia,
la piscina del pobre—la cruz del pescador.

V

Cuando con pura luz
el Señor sobre el niño—hace brillar su aurora,
éste ignora el martirio—y sonríe á la cruz;
pero ¡ay! otro bautismo—vendrá después de ahora
á regar de los reyes—la frente abrasadora.
Vendrán días, oh joven,—en que tu alma turbada
del fardo de una tierra—triste y anonadada,
con espanto piadoso—latente temblará,
cuando el austero óleo—en tu real cabeza
el venerable obispo—sonriente esparcirá.
¡Formidable presente—que trajo á la realeza
la cándida paloma—de celestial pureza!

Entonces, rey cristiano,—á Dios sé parecido;
sabe por ti ser grande—cual por ti lo es Aquél,
pues conviértese el cetro—en un peso temido
en cuanto quiere hallarse—algún apoyo en él.
Un verdadero rey—ciñe todas sus glorias
en torno de su frente;—si en tus justas victorias
la muerte tu carrera—cruel viene á atajar,
sé un Bayardo, que vió—una cruz en su espada
y no hizo, cuando el cielo—lo llevó á su morada,
más que por otra eterna—su vida cambiar.

Á LA MUSA

Yo voy, oh musa, donde tú me envías;
no sé más que llorar los sinsabores;
¡mas que mantengan fiel sus alegrías
á este laúd tan fiel á sus dolores!
Mi débil voz, en su reciente historia,
aún no ha aprendido en tonos de victoria
á cantar al Señor alegre «hosana.»
¡Oh reyes coronados con espinas!
¡Ay! ¡Después de cantar vuestros destinos,
mal se sabe cantar la dicha humana!

Mayo, 1821.

ODA DÉCIMA

VISIÓN

7. Quia defecimus in ira tua, et in furore tuo turbati sumus;
8. Posuisti iniquitates nostras in conspectu tuo, sæculum nostrum in illuminatione vultus tui,
9. Quoniam omnes dies nostri defecerunt, et in ira tua defecimus!

SALMO LXXXIX.

Los profetas así lo predecían
cuando de su piedad en el anhelo

á ellos, en sueño, descender veían
al Espíritu Santo desde el cielo:
«Desde que un siglo, extinto para el mundo,
vuelve de lo que fué al sopor profundo,
de gloria ó de vergüenza rodeado,
ha de comparecer de igual manera
ante el Dios que le impuso que naciera,
único juez que no ha de ser juzgado.»

Y escuchad, hijos de la tierra ingrata,
pueblo vil que á la tumba está llamado,
lo que, con luz que con vigor retrata,
en sueños la visión me ha relatado.
Ello ocurría en la ciudad flotante,
de alegría y de gloria deslumbrante,
donde, al día, del sol falta el lucero;
do la primera aurora se encendiera,
donde resonarán por vez postrera
los sonos del clarín el día postrero.

La esencia siempre ignota venerando,
los santos y los mártires gloriosos
á la vívida luz iban mirando
el triángulo de arcanos misteriosos.
Junto al trono do el rayo se adormece,
espectro centenario comparece
por el ángel de Francia conducido;
y el ángel, que ceñía largo velo,
era á la humilde estrella parecido
que la noche sombría lleva al cielo.

Entonces, del abismo á las alturas,
de una potente voz se oyó el sonido
que, junto al condenado á sus torturas,
dejó al ángel maldito estremecido;
el carro donde van fieles querubés,

de estrellas recamado, entre las nubes,
sobre su triple eje se detuvo,
y la rueda de llama chispeante
y el batir de las alas trepidante,
todo al soplo de Dios callado estuvo.

LA VOZ

«¡Las páginas del libro centenario
por diez y siete veces ya se han vuelto;
de mi ira espera el antro tormentario
que te haya perdonado ó te haya absuelto!

»Acércate, yo tengo la balanza;
ya desnudo ante mí ves que te alcanza,
impío ó justo siglo, mi mirada.
Conviene que se borre tu recuerdo;
responde, pues que un siglo, por mi acuerdo
eterno, es una hora descontada.»

EL SIGLO

«De lo almo de mi idea penetrado,
todo lo he dividido y reunido;
á mis sublimes leyes, porfiado,
lo inmutable y finito he sometido;
he pesado tus mismas voluntades...»

LA VOZ

«¡Basta! De tus blasfemas vanidades
veo en mis santos de espanto señal muda;
sal de tu embriaguez harto orgullosa;
duda hoy de tu ciencia vanidosa,
pues que de mí no puedes tener duda.

»Tú, vanidoso de tus ciegas ciencias,
 ¿no te has reído ante tus necias greyes,
 igual que de mi ser, de las creencias
 que guardan las costumbres y las leyes?
 Hollando de la muerte los misterios,
 ¿no has hecho estremecer los hemisferios
 con un crimen que el hombre no sabía?
 Antes de estas edades celestiales,
 ¿no has ido á despertar tumbas reales?»

EL SIGLO

«¡Oh, Dios! ¡Veo llegado vuestro día!»

LA VOZ

«Llora, ¡oh siglo! El error hoy, cual burbuja,
 vuélvese á poco mole agigantada;
 el hombre ateo al regicidio empuja.
 El caos es el hijo de la nada.
 Yo amaba á una nación lejana, hermosa;
 un rey bueno en verdad y su bella esposa
 atendían del pueblo los anhelos,
 y yo sus días bendecía augustos;
 dime: ¿qué has hecho con aquellos justos?»

EL SIGLO

«Señor, ya los contemplo en vuestros cielos.»

LA VOZ

«Sí, por fin el espanto te ilumina.
 Lo que la vida ha de durar, decido
 del que mi ira réprobo abomina
 y del que de mi amor es elegido.

Con que un rayo se caiga de mi frente,
 se anima ó borra todo de repente,
 todo renace ó va á la sepultura.
 Ya propicio mi hálito, ó terrible,
 de igual modo que prende incendio horrible
 extingue de la antorcha la luz pura.

¡Que el olvido en silencio te devore!»

EL SIGLO

«Señor, de quien el brazo veo alzado;
 ¡permitid al maldito que os implore!»

LA VOZ

«¡No; no porfies, siglo reprobado!»

EL SIGLO

«Pues bien; el porvenir, de mis delitos
 quizás me absuelva, de más inauditos
 crímenes y cinismo haciendo gala.»
 La Esperanza, así oyéndole, gemía,
 y el bello ángel de Francia se cubría
 tapándose los ojos con su ala.

LA VOZ

«¡Vete al abismo; un nuevo siglo empieza
 su vuelo; pero lejos, su delito
 de absolverte, sus faltas y torpeza
 serán aún más tu acusación, maldito!»

Y, como el huracán que va mugiendo
 sobre la ola, con fragor siguiendo

la vedija que al mar echado había,
largo tiempo, la voz inexorable
fué persiguiendo al siglo, que, culpable,
en la eternidad, réprobo, se hundía.

1821.

ODA UNDÉCIMA

BUONAPARTE

De Deo.

I

Cuando la tierra engulle sus ciudades
y esparce el viento, lejos, un veneno;
cuando el huracán muge, cuando ardientes
se entreabren los montes,
es que de Dios despierta la venganza;
y, si abusando al fin de la clemencia
celestial, osa el mundo
responder, desafiándolos,
á los funestos signos,
¡ay! entonces, un hombre
escogido por quien el rayo envía,
vuelve á coger la presa
de los súbitos males, y aparece
cual un viviente azote!

A veces, han pasado
por entre las naciones de los hombres
elegidos malditos
de las supremas iras,
triunfantes sin cesar, del anatema
armados, y por él anonadados!
Tremendos herederos del espíritu
de Nemrod han reinado cual un déspota
por el fuego y la espada
á los pueblos culpables; y, en sus glorias,
en desastres fecundas, en el mundo
estos azotes que nos manda el cielo
cual hijos del infierno se presentan.

II

No ha mucho, cuando exenta
de leyes, la nación reina y señora,
descendió de la excelsa monarquía,
en su prostitución, á las facciones;
en su fétido caos,
de la hidra regicida vióse alzarse
el imperio despótico de un hombre.
Así, á menudo, el mar embravecido,
al devorar una llanura fértil,
un sombrío volcán vomita ardiente.

Perturbando primero del gran Nilo
las grandes catacumbas,
popular jefe á combatir corriendo
fué allí, cual si insultara á los tiranos
en sus tumbas gigantes,
desde su débil tienda de conquista.
Regresó para erguirse
en rey de sus guerreros camaradas;

y llorosa la augusta Francia, en balde
se prometió mejores días; cuando
hollaba las coronas de los viejos
soberbios faraones
sordo á tanta ceniza; sobre aquellas
inmensas sepulturas,
él no soñaba más que en un gran trono.

Una sangre real tiñó su púrpura
usurpadora; por aquel guerrero
sin fe fué herido otro. La anarquía
que admirara á su cómplice en Vincenne,
ante su rey se prosternó en el Louvre.

Casi un Dios fué preciso
para ir á consagrarle;
el sacerdote-rey de Roma tuvo
que bendecir su amenazante frente,
pues, sin duda, espantado de sí propio,
quería, de las manos
que el perdón administran,
recibir su sangrienta diadema.

III

Cuando lo quiere el Dios de la clemencia,
que entrega el malo á manos del perverso,
confunde al instrumento formidable
con que al mundo aterrado atormentara.
Aquel á quien secunda breves días,
se cree de la tierra el dueño único,
y, en fin, la ley común desafiando,
cuando cree tener una fortuna,
este fantasma escápase al gigante.

IV

En la profunda noche de los crímenes,
al vivo resplandor de las victorias,
aquel hombre, ignorante de la mano
que le había enviado, sus pretorios
paseando por pueblos y ciudades,
en su gloria apoyándose pasaba.
De sus potentes huestes el torrente,
había avasallado en su carrera
de Pelayo á los hijos, á la vista
de los hijos de Gálgaco.
Y cuando regresaba, devolviendo
á sus valientes á los patrios lares,
á las fiestas que daba
honrando á sus esclavos vencedores,
invitaba á los reyes que venciera.

Diez imperios rendidos
se convirtieron en provincias tuyas.
Nunca estuvo contento
en su fatal soberbia;
no quiso dormir más que en una corte
de príncipes y en trono
continental. Sus águilas, el vuelo
por veinte cielos esparciendo, hacia
el septentrión guiaron
la inmensa mole de su inmensa hueste,
y allí el escollo halló de su carrera.
Los pueblos dormitaban
y un incendio sangriento
del gran despertamiento fué la aurora.

Y cayó como rey. En su camino,
enemigo fantasma

quiso volverse á levantar, sin duda
para no caer ya sino del todo.
Lejos entonces de su tiranía,
para que una armonía horripilante
hiriera á la soberbia anonadada,
fué desterrado el imperial cautivo
á una roca desierta, tal vez resto
antiguo á su vez de algún mundo sepultado.

Enfriándose allá como un torrente
de bullidora lava, y á la vista
de sus vencidos, por el universo
arrojado, aquel resto de un tirano
esclavo despertándose,
había solamente
cambiado de cadenas.

Oyendo la charanga de los tronos
restaurados, brillaba desde lejos
cual un faro que alumbra
los escollos al nauta.

Murió. Cuando tal nueva propagóse
por las ciudades nuestras,
en el furor civil respiró el mundo,
viéndose libre de su prisionero.

De este modo el orgullo se extravía
en su marcha ruidosa;
coloso que nació á un ligero soplo
y al que abate tan sólo una mirada.

Hizo del gladio un cetro
y del trono una tienda,
y todo su reinado fué un combate.
De su castigo tributario él mismo,
príncipe de la tierra, estremecióse,
su valor se alaba de soldado.
Vuelto á caer dentro su mismo espíritu

cual si cayese en un profundo abismo,
por la gloria pasó cual por el crimen
y llegó solamente á la desgracia.

V

¡Pueblos que perpetuáis con homenajes
víctimas y verdugos,
dejadlos que se olviden en los tiempos;
no se encuentra entre ellos á los héroes!
Los falsos dioses que su siglo inciensa
y cuyo porvenir su poder odia,
en vuestros bellos sueños os engañan
como aquellas auroras esplendentes
en las que pasan grandes meteoros,
pero de los que el sol no sigue el curso.

Marzo, 1822.